



CRONISTAS DEL PINCEL

Sor Úrsula Tapia Guerrero

RESUMEN:

El artículo sobre los pintores alemanes que en el curso del siglo XIX recorrieron Chile se propone hacerlos recordar como a verdaderos cronistas, sin cuya obra se desconocería gran parte de la historia del país.

Johann-Mauriz Rugendas, Alexander Simon, Otto E. Grashoff, Theodor Ohlsen dibujaron, en el estricto sentido de la palabra, esta tierra, realizaron bosquejos, óleos y acuarelas de su paisaje y de su gente; retrataron al pueblo, pero también a los intelectuales, a los políticos y a las grandes damas y no olvidaron detallar objetos y utensilios propios de los nativos. Gracias a su obra se conocen hoy muchos de esos objetos y también la fisonomía de muchas de esas personas. Es, pues, ella una fuente importante de información y de referencia.

Por eso resulta legítimo llamarlos "cronistas del pincel", porque con sus lápices y paletas registraron la historia de lo que iba ocurriendo en el país, de la vida tal y cual se desarrollaba en los períodos en que ellos visitaron Chile, legando una valiosa herencia a los siglos posteriores.

ABSTRACT:

Der Artikel über die deutschen Maler, die im Laufe des XIX. Jahrhunderts durch Chile verreist sind, soll sie alle in Erinnerung bringen, da ohne ihr sehr vollständiges Werk ein grosser Teil der chilenischen Geschichte nicht bekannt worden wäre.

Johann-Mauriz Rugendas, Alexander Simon, Otto E. Grashoff und Theodor Ohlsen haben das Land – buchstäblich das Land – gezeichnet und gemalt: Landschaft, Menschen, Dinge; Leute aus dem Volk, Politiker, Intellektuelle und, natürlich die schönen Damen der Gesellschaft sind in deren Werken erfasst und geben wieder das, was das Land war und wie man dort lebte im Laufe des vergangenen Jahrhunderts.

Man sollte dabei nicht die Tatsache vergessen, dass es die Mittel, die man heute zur Verfügung hat, um zu photographieren, zu filmen und auch zu reisen, überhaupt nicht vorhanden waren. Diese Menschen reisten mit dem Notizblock und unter sehr schweren Umständen, oft unter Lebensgefahr. So haben sie ihr grosses Werk geschaffen und uns eine grosse Menge an Information mitgeteilt.

Man darf sie also "Chronisten des Pinsels" nennen, denn mit ihren Stiften und Pinseln haben sie die Geschichte unseres Landes registriert und für die kommenden Jahrhunderte geliefert.

Cronistas del pincel se puede llamar a los pintores alemanes viajeros que durante el siglo XIX recorrieron Chile recogiendo en sus obras imágenes de personas, de paisajes, de construcciones y hasta de utensilios de la época. Dibujaron, retrataron, pintaron, ocupados en una intensa actividad que no siempre les bastaba para su sustento.

Cabe preguntarse por qué llegaron alemanes a recorrer y a pintar Chile durante el siglo pasado. ¿Por qué los atrajo esta tierra tan al final del mundo y con tan poca fama de guardar razas exóticas, tesoros escondidos y mitologías novedosas? ¿Por qué asumieron un larguísimo

viaje renunciando a otras latitudes que ciertamente ofrecían más incentivos para la aventura que el delgado reino de Chile, apretado entre una enorme cordillera y un mar sin confines?

Ciertamente el espíritu romántico de principios del siglo XIX, que impelía a buscar horizontes lejanos y tierras exóticas, que buscaba saciar el ansia de misterio en la aventura y en la osadía frente a lo desconocido fue una de las causas motoras; pero también se han de haber sentido atraídos por el despertar a la libertad de la vida independiente de las ex-colonias de las coronas de la península Ibérica, entre las que se sabía de Chile.

La tercera hipótesis para intentar una respuesta a esas interrogantes tiene que ver con los escritos y los dibujos del prototipo viajero que fue el científico Alexander von Humboldt, quien había recorrido entre 1799 y 1805 una buena parte del Nuevo Mundo –México, Cuba, Venezuela, Colombia, Perú– y había escrito una considerable obra que rápidamente había alcanzado publicidad en Europa.

Varios de estos cronistas del pincel permanecieron algunos años en Chile, tuvieron contacto con la sociedad chilena, aprendieron las costumbres y las tradiciones de este pueblo. Les interesó no sólo el paisaje, sino también las fiestas, las vestimentas, los juegos, e incluso los guisos típicos.

Es por eso que su obra tiene la impronta de una auténtica crónica que recoge la historia en base a la anécdota, al quehacer cotidiano, sin previa selección de sus protagonistas.

Con sensibilidad y realismo se dieron a la tarea de registrar lo que les tocaba vivir y sus dibujos, acuarelas, retratos y pinturas se convirtieron, sin que ésta hubiera sido la intención de los autores, en verdaderos documentos para rehacer esa época de la historia del país.

Es esta una de las razones de peso que justifica acercarse a ellos, conocerlos, investigar su paso por Chile y recordar su obra en muchos casos olvidada bajo el polvo de unos pocos archivos. Y es también la razón por la cual **Juan Mauricio Rugendas, Alexander Simon, Otto E. Grashoff y Theodor Ohlsen** pueden, en justicia, ser llamados “cronistas del pincel.”

Como tales, ellos nos dejaron el testimonio de una época que desconoceríamos en una proporción importante, si no la hubieran legado a la posteridad en sus cuadros, dibujos y bosquejos.

JUAN MAURICIO RUGENDAS

EL PINTOR ENAMORADO

32 años tenía a su llegada a Chile en 1834 este dibujante, pintor y grabador nacido en Augsburgo, Alemania, en 1799.

Había conocido en París en 1825 a Alexander von Humboldt, ya famoso en Europa por sus expediciones, sus estudios científicos y sus publicaciones sobre varios países de la lejana América. Pocos años más tarde, el sabio, que había captado el talento de Rugendas, le aconsejaba ir a América a realizar dibujos botánicos, pero teniendo cuidado de no llegar hasta Chile: “Cúidese de las zonas templadas de Buenos Aires y de Chile (...) Un artista como Usted debe buscar lo grande. Cúidese ante todo, de lo que lo aparte de este objetivo”¹

¹ Lafourcade, Enrique: “Rugendas, el solitario”. *Revista Atenea* N° 449, Universidad de Concepción, 1984, p. 75.

Rugendas, quien había participado entre los años 1822 y 1825 en una expedición al Brasil organizada por el Barón von Langsdorff (el pintor editó su “Viaje pintoresco al Brasil”), ya conocía una porción exótica e interesante del continente americano y por eso acogió con entusiasmo las recomendaciones de von Humboldt de volver allá para continuar pintando.

Su vida, sin embargo, tomaría un curso enteramente opuesto y, precisamente el país al cual no debía viajar llegó a ser aquel en el cual permaneció la mayor cantidad de años (1834-1845).

El caso fue que, estando en México en 1834, asiló en su casa a unos revolucionarios que eran perseguidos. Este hecho le acarreó la pena de dos meses en prisión y la deportación a...Chile.

Al poco tiempo de estar en el país, el Presidente Prieto le hizo el nombramiento oficial de topógrafo, proveyéndolo de una especie de salvoconducto con el cual podía viajar sin trabas por todo el territorio nacional. Rugendas no realizó trabajos de topografía, pero aprovechó de recorrer el país deteniéndose en todos los lugares que le parecían típicos, atrayentes y merecedores de algún bosquejo u acuarela.

Instalado en Santiago, tuvo rápida acogida entre los intelectuales de la capital, entre los que se contaban personas tan destacadas como el argentino Domingo Faustino Sarmiento, don Andrés Bello y doña Mercedes Marín del Solar, cuya casa visitaba a menudo.

Concurría también a las tertulias en casa de la pintora doña Isidora Zegers de Huneus, donde conoció y se enamoró de la dama linarense doña Carmen Arriagada. Esta joven mujer, estaba casada con un ex-coronel prusiano de apellido Guticke, que había estado al servicio de Chile; también con él trabajó amistad el pintor. No hay datos acerca de posibles dificultades que Rugendas haya tenido con él a causa de la esposa, pero sí se sabe que el pintor frecuentaba la casa de Linares y más tarde la residencia de los Guticke-Arriagada en Talca.

También se conocen algunas cartas de las muchas que doña Carmen y Rugendas –Mauro, como ella lo llamaba– se escribieron, de modo que un autorizado historiador chileno ha dicho de esta correspondencia que ella “conforma las páginas más significativas del romanticismo chileno.”²

Lo cierto es que la relación con esta mujer y la que posteriormente mantuvo con la joven pintora, doña Clara Álvarez Condarco (quien vivió entre 1825 y 1865), y con quien se habría casado si la familia de ella no se hubiera opuesto con tanta eficacia, estas dos relaciones, pues, contribuyeron a su penetración de la mentalidad, del modo de ser, de vivir, de amar de los chilenos y fueron también un estímulo para su insaciable interés por todo lo que atañía a esta tierra y a su pueblo. Su relación afectiva se proyectó al país y lo llevó a hacer el propósito de no condicionarse “a un solo enfoque meramente figurativo, sino a buscar la trascendencia, el fondo del tema tratado (...), a detener el instante preciso, a dinamizar la escena.”³

² Pereira Salas, Eugenio: “Juan Mauricio Rugendas, pintor de las Américas”. *Revista Atenea N° 449*, Universidad de Concepción, 1984, p. 55.

³ Palacios, José María: “Visión plástica de Rugendas”. *Revista Atenea N° 449*, Universidad de Concepción, 1984, p. 96.

No es exagerado decir que a Rugendas le interesaba todo lo que se relacionara con Chile.

Leyendo "La Araucana" llegó a saber de la existencia del pueblo de los araucanos, "por los que sentía exactamente el entusiasmo que le había transmitido la epopeya de Ercilla."⁴

No sin riesgos y con la sola defensa de su interés auténtico, Rugendas se adentró en territorio araucano. Trabajó amistad con los pehuenches, "quienes le permitieron frecuentar sus campamentos (...) Pudo así dibujar sus tipos somáticos, escenas de su vida, sus mujeres e hijos, sus correrías."⁵

Este hecho es de enorme trascendencia para la memoria histórica del país.

Siguiendo un método que podemos llamar "experiencial" y en una época en que no se contaba con instrumentos como las máquinas fotográficas, o las filmadoras, el pintor viajero alemán se ocupó en retratar a algunos nativos de Chile conservando así la vida diaria, las costumbres, los ropajes, los juegos y varios objetos de estas gentes de cuya historia anterior tan poco se sabe.

No hace falta una descripción verbal abundante cuando el dibujo y la pintura alcanzan el grado de fidelidad y de autenticidad que él supo conferirles. Su obra adquiere por eso la categoría de documento fidedigno para el conocimiento del pueblo pehuenche.

En 1839 Rugendas se estableció en Valparaíso. No sólo recorrió detenidamente lo que hoy conocemos como la Quinta Región, sino que se embarcó para navegar hasta la isla de Juan Fernández. También de esta experiencia hay documentos, especialmente del nombre y de la fisonomía de muchas plantas nativas.

Durante 1842 hizo un largo viaje al Perú. Hasta allá lo seguían las cartas nostálgicas de doña Carmen Arriagada, quien siempre lo estimuló con sincera admiración en su tarea de pintor.

Años más tarde, de regreso en Alemania, él añoraría ese apoyo que le significó la cercanía de la dama linarense.

Volviendo del Perú pasó por Bolivia y se dirigió directamente a Talca. Pero ya tenía claro que no podía permanecer en Chile y al poco tiempo regresó definitivamente a Alemania. El viaje es largo: pasa por Buenos Aires, por Montevideo, otra vez por Río de Janeiro. En marzo de 1845 Carmen "ha recibido sólo dos cartas de él en tres meses y muchas veces se pregunta dónde está -"quizá disfrutando del verano en Europa". Lo que no sabe es que Juan Mauricio continúa en América."⁶

En 1847 ha de haber estado de regreso en Europa, porque se sabe que presentó al gobierno francés "un proyecto sobre un Atlas de Chile, Argentina y el Uruguay con 200 ilustraciones. Nunca obtuvo respuesta."⁷

⁴ Keller, Carlos: "El pintor Rugendas y doña Carmen Arriagada". *Boletín de la Academia Chilena de la historia Año XXV, N° 59*, 2° semestre de 1958, p. 104.

⁵ Ibid. p. 116.

⁶ Pinochet de la Barra, Oscar: *El gran amor de Rugendas*. Editorial Universitaria, Santiago, 1984, p. 228.

⁷ Espinosa, Ismael: "Chile a la llegada de Rugendas". *Revista Atenea N° 449*, Universidad de Concepción, 1984, p. 30.

El mismo fundamentaba la importancia de la obra, responsabilizándose de su autenticidad: “Me he dedicado con el mayor cuidado a retratar la naturaleza con exactitud, sin sacrificar jamás la verdad al efectismo, para que los geógrafos, los naturalistas y los propios artistas puedan servirse de mi trabajo con confianza.”⁸

Rugendas pintó con dedicación los tipos populares, estableciendo una verdadera iconografía del pueblo chileno, especialmente mediante sus dibujos de costumbres. “Ellos son la esencia de una chilenidad auténtica, sin falsos barnices o escenografía, el eterno recuerdo de una época, de un pueblo y de un espíritu en el trajín diario de sus afanes y sus fiestas: *La trilla*, *El rodeo*, *Los huasos maulinos*, *El paseo a Colina*, *El huaso y la lavandera*, *El arriero* (...) y esos pintorescos mineros nortinos que le habían impresionado en sus giras a Coquimbo, Andacollo y Copiapó.”⁹

Tampoco estuvieron ajenos a su pincel los temas históricos y dejó dos cuadros monumentales sobre las glorias de Chile, la batalla de Maipo y uno inconcluso de don Diego Portales.

Su amplia labor, en la que se incluyen colecciones de trajes y esos legendarios personajes populares ya desaparecidos, como el aguatero, el sereno, el santero, tuvo consecuencias importantes para la pintura en Chile: “determinó la inclinación de los pintores chilenos hacia lo vernáculo.”¹⁰

Se puede aceptar como legítimo el apelativo de “pintor de las Américas” que el historiador chileno Pereira Salas confirió a este pintor viajero alemán. En todos los países en que estuvo –Brasil, México, Chile, Perú, Bolivia, Argentina, Uruguay– hizo retratos de personas notables y pintó al pueblo y sus costumbres.

Ya en su patria, le entregó al rey Luis Primero de Baviera “3.062 trabajos, casi la 4ª parte de ellos referentes a Chile, los que se encuentran en la Staatliche Graphische Sammlung in München.”¹¹ En retribución recibió del rey una suerte de pensión, con la que se mantuvo durante sus últimos años.

Esos últimos años fueron poco felices debido a su ceguera progresiva, pero los pasó junto a su último amor, María, la joven hija de la familia Sigl de Weilheim, en cuya casa recibió hospedaje. Con María se casó en mayo de 1858, pocos días antes de morir de un infarto.

Su prolífera obra, de incalculable valor para ilustrar la historia de América durante los años 40 a 60 del siglo pasado, se encuentra diseminada en los Museos y colecciones de varias ciudades alemanas –München, Augsburg, Berlín; y de varias ciudades latinoamericanas –México, Río de Janeiro, Montevideo, Lima, Buenos Aires, Santiago...

El pintor viajero, romántico y observador, le legó a la historia de Chile un valioso catálogo de ilustraciones y de datos sin los cuales habría sido imposible reconstruir ese trozo del pasado que a él le tocó vivir.

⁸ loc. cit.

⁹ Pereira Salas, E. op. cit. pp. 59-60.

¹⁰ Pereira Salas, E.: *Estudios sobre la Historia del Arte en Chile republicano*. Ediciones de la Universidad de Chile, 1992, p. 234.

¹¹ Keller, C. op. cit. p. 128.

Este alemán, interesado en la geografía, en la flora y en la fauna y admirador del hombre de todas las latitudes, fue también un “cronista del pincel”, un retratista de Chile, su paisaje y su pueblo.

KARL ALEXANDER SIMON

EL REVOLUCIONARIO ROMÁNTICO

“Simon no sólo fue pintor, científico y escritor, sino también político y revolucionario, inmigrante y colonizador”¹² –dice de él su biógrafa Ingeborg Schmalz, y Pereira Salas enfatiza: “Su biografía es una página del más puro romanticismo, una auténtica fuga (...) en pos de ideales inalcanzables.”¹³

Alexander Simon había nacido en Frankfurt del Oder en 1805. Hizo sus estudios en Berlín, en München y en Suiza. También estudió en Italia, hacia adonde había escapado en 1829 huyendo del Pastor Franz Kindermann, quien se oponía al romance del joven con su hija Carlota, quien, pese a todo llegaría a ser su esposa poco después de su regreso en 1832.

Estando en Italia había conocido y hecho amistad con la familia Philippi, que años más tarde lo ayudaría y le daría protección en el lejano Chile.

Los tiempos que corrían en Europa, especialmente en Francia y en Alemania, inquietaban doblemente a espíritus revolucionarios e inquietos como Simon. Radicado en Stuttgart, luego de haber realizado en Weimar los arabescos para la leyenda del “Oberon” de Christoph Martin Wieland, comenzó durante 1835 a dedicarse intensamente a la política.

La ideología del socialismo utópico captó su interés y su fervor y comprendió que había que luchar “por la unidad germánica y el resurgimiento liberal.”¹⁴

En septiembre de 1848 –el año de la Revolución– Simon fue fichado como anarquista peligroso y debió escapar a Francia, donde vivió en una gran miseria. Desde allá escribía:

“No soy más que un harapo sucio que se arrastra como mancha vergonzosa por este mundo limpio y alegre. Sé que no puedo hacer nada por ayudar a los míos y me parece un delito estar tan lejos, vagabundo y sin trabajo, cada vez más lejos de ellos. No puedo continuar así –no existo para mí, sino para ellos” (carta desde Francia).¹⁵

Dueño de la dura experiencia de haber llegado a mendigar para comer en Francia, regresa a Alemania, donde su joven esposa no lo había pasado mucho mejor que él, sumida también en la pobreza y en una paciente tristeza por los arrebatos del esposo que lo arrancaban tan lejos de ella.

El país continúa en efervescencia y así lo percibe Simon.

La inquietud vuelve a apoderarse de él, y lo expresa con un imperativo que se ordena a sí mismo: “¡Debo irme!” Es en este estado de ánimo que se asocia con un pequeño grupo de la “Sociedad de Emigración y Colonización Nacional” de Stuttgart y redacta un curioso

¹² Schmalz, Ingeborg: *Carl Alexander Simon (monografía)*. Talleres gráficos Claus von Plate, Santiago, s/a.

¹³ Pereira Salas, E.: “El pintor alemán Alexander Simon y su trágica utopía chilena”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N° 77, Santiago, 1968, separata, p. 6.

¹⁴ Ibid. p. 11.

¹⁵ Schmalz, Ingeborg: op. cit. p. 25.

folleto para estimular la emigración titulado: “La emigración de los demócratas y proletarios y la colonización alemana del libre estado sudamericano de Chile.”¹⁶

Es la época en que el Gobierno de Chile ha iniciado los trámites para la inmigración de los futuros colonos del sur de Chile y don Bernardo Eunom Philippi ha establecido contactos en Stuttgart y en Hamburg a ese propósito. Por eso Simon conoce la iniciativa en Stuttgart y comienza a dar cabida a la idea de emigrar.

Su postura política se ha canalizado en una dirección específica: puesto que ha visto el fracaso de la revolución en Francia y en Alemania, descubre como único camino para sobrevivir el de la emigración. Así podrá llegar a ser ciudadano de un estado libre, consecuente con su lema: “Si no puedes alejar a los tiranos de los pueblos, aleja a los pueblos de los tiranos.”¹⁷

Para emprender esta aventura lo favorecía el hecho de que su cuñado, Kindermann, se había establecido como colono en Chile y era conocido. Así se refiere a ambos otro viajero famoso, científico y naturalista que también recorrió Chile, Eduard Poeppig, quien el 13 de octubre de 1848 escribe: “El cuñado de Kindermann de Valparaíso, un señor Simon, el cual antes me había escrito para solicitarme informaciones sobre Chile, tomó parte activa en las trágicas revueltas comunistas de Baden, que tuvieron que ser reprimidas por las armas. Simon escapó a Francia. Los diarios dicen que él va a emigrar vía Burdeos a Chile con un correligionario. (En realidad emigró con su hijo mayor). No puedo así felicitarle por el incremento de la colonia germano-araucana, aunque creo que las dificultades de la vida en Chile y su permanencia en una república sudamericana serán eficaces para curar a aquellos infames o locos. Simon pertenece a los últimos.”¹⁸

Es así que, aunque el correo era lento y las distancias enormes, ya se sabía quién era Simon cuando llegó a Chile en 1850. Claro que él no experimentó como curación las duras experiencias que hizo en el sur, más bien agudizaron en él su melancolía, su inquietud y su incontenible descontento. El lo expresa de la siguiente manera en carta a su amada esposa escrita en Valdivia el 05 de junio de 1850: “(...) En ningún momento he lamentado no haberte traído conmigo, tampoco lo lamento ahora, aunque la belleza de esta tierra es indescriptible y la suerte de la buena navegación fue muy grande. (...) Tú habrías sufrido mucho (...)”¹⁹

A renglón seguido Simon alaba la bondad del clima y la afabilidad de quienes lo acogieron, aunque esto no lo haga cambiar de opinión respecto de un próximo viaje de su familia.

La belleza del sur de Chile lo enamoró y, aunque no hay que olvidar lo contradictorio de sus sentimientos, a menudo él creyó haber encontrado al fin un paradero donde instalarse definitivamente con toda su familia.

¹⁶ Simon, Alexander: título citado. Editorial Brommer Traugot, Bayreuth, 1850.

¹⁷ Schmalz, Ingeborg: op. cit. p. 11.

¹⁸ Winkler, Eduard: “Aufzeichnungen seiner (Poeppigs) Beobachtungen und Erlebnisse in Chile”. *Geschichtliche Monatsblätter Heft X*, Georg Schwarzenberg, Valdivia, 1917, p. 44.

¹⁹ Schmalz, Ingeborg: op. cit. p. 76.

Pronto se hizo popular: “Los habitantes se agolpaban en su residencia para escucharle cantar en la guitarra los Liederes alemanes.”²⁰

En 1851 cruzó Chacao hacia Chiloé, donde se dedicó intensamente a pintar. Sus dibujos y acuarelas de los diversos tipos humanos del archipiélago son de enorme interés, como también lo son los interiores de las habitaciones chilotas.

En ese tiempo escribe don Rodolfo Amando Philippi: “(...) supe que en Chiloé Simps había caído tanto, que hubo que hacerse una subscripción, a la cual varias personas habían contribuido con una partida de papas en lugar de dinero.”²¹ Resulta así que, a pesar de las advertencias de E. Poeppig, la antigua amistad de los Philippi continuó acompañándolo y protegiéndolo.

Como si hubiera presentido que no le quedaba mucho tiempo de vida, Simon se dedicó a viajar y a explorar el sur del país incansablemente. Cada vez se convencía más –seguramente estimulado por las bellezas naturales– que esas tierras eran excelentes para ser colonizadas, como escribió en una carta del año 1851: “Es imposible que los emigrantes encuentren una tierra que les sea más propicia. Ya viven en Valdivia veinte familias alemanas.”²²

El mismo, sin embargo, no llegó a la realización de ese ideal. Su cuñado no le entregó las tierras ofrecidas y, aunque le costó superar esta desilusión, discurrió dedicarse a sus estudios de la naturaleza, de la flora y de la fauna y a sus aptitudes literarias.

Así le escribió desde San Carlos de Chiloé (Ancud) a su cuñado Kindermann en agosto de 1852: “(...) intento sobrevivir, mediante el estudio de una naturaleza aún desconocida, de una manera más eficiente de lo que podría hacerlo con el hacha.”²³

Para él, el estudio de la naturaleza significaba también dibujarla, reproducir en detalles y minuciosamente lo que iba descubriendo y los tipos humanos y los paisajes que le ofrecía Chiloé. Y no le fue fácil hacerlo debido a la carencia de medios: no disponía del papel suficiente, ni de los lápices, ni de las paletas de pintor...

Así era su vida cuando Bernardo Eunom Philippi, hermano de Rodolfo Amando, recién nombrado Gobernador de Magallanes en agradecimiento del Gobierno por su labor cartográfica, “lo contrató a la manera de un cronista gráfico”²⁴ para su expedición.

Se trataba, entre otras cosas, de ir a apaciguar a los aborígenes quienes, habiendo sido vejados y maltratados por expedicionarios europeos y por gentes inescrupulosas, estaban en pie de guerra y amenazaban la subsistencia de la naciente colonia chilena en Magallanes. Don Bernardo Philippi conocía la zona, había levantado cartas topográficas y mapas de la región y era, además de tener los méritos de haber organizado en gran parte la venida de los colonos alemanes al sur, el hombre más indicado para entenderse con los nativos.

Simon, insaciable en su afán de aventura y de lo desconocido, partió llevando consigo también a su hijo Karl...

Nada exacto se sabe de cómo él, Philippi y otros integrantes de la expedición perecieron.

²⁰ **Pereira Salas, E.:** op. cit. p. 18.

²¹ *Ibid.* p. 22.

²² **Schmalz, Ingeborg:** op. cit. p. 79.

²³ *Ibid.* p. 91.

²⁴ **Pereira Salas, E.:** op. cit. p. 25.

Se tiene noticia de que los aborígenes aparentemente se habían apaciguado, aceptando invitaciones y gestos de amistad del Gobernador.

Algunos caciques tehuelches, con el pretexto de retribuir las atenciones, los habrían invitado a visitarlos en sus propios dominios. Ellos concurren y no regresaron jamás.

Era octubre de 1852.

En su última carta dirigida a otro de sus cuñados y escrita el 10 de agosto de 1852 en San Carlos de Chiloé, Simon pide le den noticias de los suyos : “(...) Dígale, por favor a mi familia, que aunque su hermano me ha sumido en una larga miseria, pronto me recuperaré y a la brevedad posible comenzaré a cumplir con mis deberes para con todos ellos.

En sincera amistad, su cuñado Alexander Simon”²⁵

“¡Debo partir!” había sido el lema de su vida.

Fiel a él, se había aventurado hasta el último rincón del planeta separándose para ello de su amada esposa y de sus hijos, de su patria y de su medio. Es que las fuerzas del temperamento auténticamente romántico, que anhela lo lejano, lo inalcanzable, unos ideales que nunca llegan a concretarse, parecían haberse personificado en este buscador de nuevos horizontes que tuvo un fin tan misterioso y tan trágico, y cuya memoria ha de ser recordada con gratitud por su valiosa obra documental.

OTTO E. GRASHOFF

DE RUSIA A CHILE

Libreta en mano recorrían el mundo los escritores y los pintores viajeros del siglo XIX, fijando todo aquello que podía ser tópico para sus obras.

Así también lo hizo este alemán oriundo de Plenzdorf en Brandenburg (nació en 1812), cuya obra previa a su paso por Sudamérica representa tanto escenas y personajes de la España medieval y de la Rusia ordodoja, como la vida de Juan Primero de Brandenburg y los protagonistas del “Nathan, el sabio” de Lessing.

Además de sus apuntes dibujados, Grashoff redactó también una Autobiografía que nunca fue editada y cuyos originales se conservan en el Instituto Iberoamericano de Berlín.²⁶

Ahí apunta las impresiones de sus vastos viajes y da a conocer también, indirectamente, lo que movía a tantos europeos del siglo XIX a lanzarse a la aventura de buscar tierras lejanas: “Los pintores no están muy satisfechos en sus carreras en el Viejo Mundo. Reina un fuerte impulso romántico por el exotismo de América tropical.”²⁷

Contagiado por este impulso, y a pesar de que gozaba de cierta fama en Europa, poco después de su regreso de San Petersburgo se embarca hacia América. Tenía ya cuarenta años.

Durante la travesía se dedicó al dibujo y al retrato, logrando expresivas acuarelas de la tripulación y de la ruta que seguía el “Sophie”.

²⁵ Schmalz, Ingeborg: op. cit. p. 91.

²⁶ cf. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* Año XXV, N° 59, 1958.

²⁷ loc. cit.

Llegado a Buenos Aires en diciembre de 1852, se percata de que el ambiente político no es propicio (es la época de la dictadura de Rosas), pero se preocupa de tomar apuntes para sus futuras obras antes de dejar la ciudad.

Durante 1853 va al Brasil, donde pinta telas para el emperador, y visita también Montevideo.

“Más movida es su producción a lo largo de su interesante viaje a través de la pampa y de su estadía en Córdoba.”²⁸ La ruta lo provee de datos significativos, novedosos y todo lo registra.

“Agotado por el largo viaje llega por fin a Copiapó, que describe con simpatía (...) Viaja por ferrocarril a Caldera, y por vapor a Valparaíso.”²⁹

Su primer trabajo en el puerto a partir de marzo de 1854 es dedicarse al retrato. Esto le permite tomar contacto con personas conocidas de la sociedad porteña y con familias de la naciente y próspera colonia alemana.

A Grashoff le interesa también pintar el paisaje y existen hoy todavía cuadros que revelan este interés: “Vista del valle de Limache desde la cuesta la Dormida”, “Vista del puerto desde la Playa Ancha”, “Cerro de los Piuquenes”, “Cajón de las Alboradas de Concón.”

Tiene una verdadera apetencia de información y viaja incansablemente anotando los nombres de las plantas, describiendo los accidentes de la geografía, dibujando a la gente y sus costumbres. Su litografía de la “Zamacueca chilena en Córdoba”, por ejemplo, describe las vestimentas de la “china” y del gaucho de pantalón bombacho y pañuelo al cuello, pero también insinúa la flora y el paisaje semi-cordillerano. La bailarina se vuelve con gracia hacia el pintor, mientras el gaucho se concentra en los movimientos de ella. No omite detalles, como el de las espuelas del bailador, la rosa sobre el oído izquierdo de la mujer, la flor del cactus. Todos los detalles resultan importantes para Grashoff y son ilustrativos de la escena que ha captado.

Así sucede también con el óleo del “Motivo entre Melipilla y Santiago”, cuadro en el que presenta las cumbres redondeadas de la cordillera de la costa y la vegetación de arbustos y matorrales. El camino se va abriendo paso por los cerros, como prolongación de la cadena montañosa que se pierde en el horizonte.

Este pintor viajero de carácter complejo, apasionado, de vez en cuando da clases de pintura.

En algún apunte estampa su testimonio acerca del talento de los chilenos para la pintura y para el arte en general y pronostica “mucho para el futuro en el campo artístico.”³⁰

Va a Santiago atraído por la popularidad de las celebraciones del “18” y la ciudad le parece muy atrayente. También en la capital su actividad es muy intensa: recorre los alrededores y toma contacto con personas del medio intelectual. Así es que recibe el encargo de don Diego Barros Arana de pintar un cuadro simbólico de los próceres de la república:

²⁸ Pereira Salas, E.: *Estudios sobre...* op. cit. p. 254.

²⁹ loc. cit.

³⁰ Pereira Salas, E.: *Estudios sobre...* op. cit. p. 256.

O'Higgins, Carrera, San Martín, Portales, quienes “de acuerdo a la tradición eran para el futuro autor de la *Historia General de Chile*” los personajes claves del desarrollo patrio, los arquitectos de la República. (...) El cuadro fue exhibido en la Exposición de la Sociedad de Instrucción Primaria y hoy luce en el escritorio del Director de la sala José Toribio Medina de la Biblioteca Nacional.”³¹

Se puede decir de Grashoff que fue un buen paisajista y que diferenció con acierto los rasgos propios del paisaje; y fue también un agudo fisonomista, cosa que se comprueba en el cuadro de los próceres de la nación, a los cuales individualiza más por la mirada y el gesto que por la diversidad de las vestimentas con que los presenta.

En mayo de 1855 emprende el regreso a Alemania con el propósito de detenerse un tiempo en Brasil.

Así lo hace y ese período resulta uno de los más productivos de su carrera de pintor. Su admiración por Brasil es muy grande y queda estampada en su diario de viaje.

Una vez en su patria, en abril de 1857, se dedica además de la pintura a escribir comedias y dramas.

En 1870 contrae matrimonio a pesar de su precaria salud.

Ya desde comienzos de la década del 60 lo había aquejado una ceguera progresiva que lo afectó profundamente hasta su muerte en abril de 1876.

“Sus papeles y apuntes fueron adquiridos por la revista informativa *Globus, Illustrierte Zeitschrift für Länder und geographische Zeitung*, Tomo V, 1864.”³²

La obra de Otto E. Grashoff es un testimonio concreto de la importancia que el paso de los pintores viajeros por Chile tuvo y tiene para comprender y rehacer la historia del país: también él, apasionado y contradictorio, aventurero y amistoso, talentoso en su obra y en su docencia, dejó un legado valioso, una crónica insustituible realizada a lápiz y pincel.

THEODOR OHLSEN

EL PINTOR DE MAGALLANES

Dos veces, por lo menos, pasó por Magallanes este pintor viajero que estuvo en Chile entre 1883 y 1893.

Su álbum de la región describe no sólo el inmenso paisaje de las inmediaciones del Cabo de Hornos, el mar y su oleaje impresionante, sino también escenas de la vida de los aborígenes y de los colonos de la Patagonia. Los dibujos revelan un agudo sentido de observación y una captación diferenciada de los gestos y de las actitudes. En sus trabajos “hay una característica de auténtica vivacidad.”³³

Theodor Ohlsen nació en Klein-Brebel, en Schleswig-Holstein en octubre de 1855.

³¹ Ibid. p. 257.

³² Pereira Salas, E.: “Un pintor viajero: Otto E. Grashoff”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* Año XXV, N° 59, 2° semestre, 1958, p. 20.

³³ Martinić B., Mateo: *Recorriendo Magallanes antiguo con Theodor Ohlsen*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1975, p. 8.

Hizo sus estudios en el Instituto de Artes de Hamburg, en la Academia de Arte de München, y en la de Berlín.

Poco antes de viajar a Chile trabajó en la Academia de Artes de München, donde había obtenido una licencia pedagógica.

Su viaje a Chile no parece tener otra explicación que la búsqueda de tierras lejanas, desconocidas, donde desenvolverse como pintor.

Se arraigó en Valparaíso y en 1884 participó con sus trabajos en la Exposición Nacional de Pintura.

En el puerto habían causado gran impresión sus dibujos sobre Magallanes, de modo que no le fue difícil darse a conocer y comenzar a trabajar como retratista.

De hecho, en todos los dibujos y litografías de Ohlsen se ve su talento de narrador. Casi no se puede hablar de detalles, porque los objetos dibujados son los que corresponde que aparezcan en la correspondiente escena, deben estar ahí en la escena que él presenta.

Así, por ejemplo, en el "Interior de una tienda de artículos regionales" de Magallanes, muestra aquello que era posible encontrar en esos "despachos" del confín de América: flechas, arcos, boleadoras, cestería, quillangos (cobertor hecho de pieles de guanaco), capas de pieles, cueros, bolsas, sombreros, plumas y huevos de avestruz... Es una clara muestra de objetos indígenas de los cuales el pintor hace una primera e importante enumeración.

O la escena del comercio entre indígenas y colonos, llena de expresión y movimiento: algunos observan, otros actúan, algunos se ocupan de las cabalgaduras, otros se alejan de la escena que aparece enmarcada por las siluetas de las típicas cabañas de madera. Y tampoco faltan en un rincón el barrilete y el perro echado.

Es posible saber como los patagones armaban sus tiendas por el dibujo del "Toldo tehuenche". Los cueros y pieles se extienden sobre estacas que no son otra cosa que gruesas ramas, de manera que quede un frente de entrada amplio que a la vez impide que se ahoguen con el humo de la fogata del interior. Y se ve también que las tiendas están armadas conservando una distancia entre una y otra.

Resulta simpático el afán de Ohlsen de explicar lo que ha dibujado: de su puño y letra anota al pie de la escena de qué se trata: "Patagonenwohnung" (Vivienda de los patagones), "Fellhandel d. Patagonier i. P." (Comercio de pieles de los patagones en Patagonia), "Goldhandel" (Escena de compraventa de oro)...

Es cierto que con él se puede recorrer Magallanes antiguo y se puede llegar a saber lo que no haya sido anotado en descripciones escritas: se convirtió pronto en "un cronista gráfico del Chile progresista de la década posterior a la Guerra del Pacífico."³⁴

En su taller de Valparaíso exponía sus obras, dibujos a carbón y pluma y acuarelas, y atendía a sus alumnos, entre los cuales "la clientela femenina era numerosa",³⁵ como dice el historiador Pereira Salas, quien da a conocer varios nombres: "Celia Castro, M. Luisa Morel, Delfina Thompson, Ana y Laura Viel, Eduviges González."³⁶

³⁴ Martinic', M.: op. cit. p. 9.

³⁵ Pereira Salas, E.: *Estudios sobre la Historia...* op. cit. p. 283.

³⁶ loc. cit.

Fue, pues Ohlsen maestro y guía de una generación de pintores chilenos en las técnicas del retrato, del dibujo y de la composición.

Pero sin duda su obra más importante es la recogida en dos libros de ilustraciones, la carpeta de heliografías con el título "*Durch Süd Amerika*" (Por Sudamérica) publicada Hamburg y en Leipzig por la editorial de Louis Bock & Hijo en 1894; y las 37 láminas relativas a Magallanes publicadas por el ya citado autor chileno Mateo Martinic´ B. en su álbum "*Recorriendo Magallanes antiguo con Theodor Ohlsen*" (Edit. A. Bello, 1975).

Es la suya una obra de contenido costumbrista que representa un testimonio objetivo de gran valor para conocer e ilustrar la historia de fin del siglo XIX en Chile, sobre todo en Chile austral.

Ohlsen es un maestro de los gestos, de las actitudes, de los tipos humanos. Sin que él hubiera querido dedicarse especialmente a analizar la sicología de quienes pintaba o dibujaba, logró revelarla haciendo de cada escena una instantánea individual.

"El trata de describir las escenas costumbristas que fijan la imagen exótica en el viajero. Dibujó la salida de Misa de las damas y las procesiones (...) Agrega a la galería iconográfica las ágiles vendedoras en las estaciones del ferrocarril."³⁷

El historiador Pereira Salas critica "la elegancia con que pinta a las vendedoras de las estaciones que arlean los pavos, las que parecen damas disfrazadas"³⁸. Sin embargo, hay que decir que siempre las faldas largas y amplias facilitan la flexibilidad de los movimientos y es así, moviéndose, como el cronista de costumbres las ha captado en su afán de entregar, como es su estilo, un cuadro animado y comunicador de la realidad cotidiana.

LOS CUATRO PINTORES VIAJEROS

Entre 1834 y 1845 vivió en Chile Juan Mauricio Rugendas,

entre 1850 y 1852 vivió en Chile Alexander Simon,

entre 1854 y 1857 vivió en Chile Otto E. Grashoff,

entre 1883 y 1892 a 1893 vivió en Chile Theodor Ohlsen,

No es un mero afán de erudición, lo que justifica el interés por estos cuatro "cronistas del pincel". Estos alemanes románticos, aventureros, talentosos, se lanzaron a recorrer Chile no sin renuncias, y esfuerzos. Privándose de todas las comodidades, pasaron frío y hambre, se expusieron al peligro y recogieron personalmente los testimonios de aquello que les parecía interesante y digno de ser pintado. No tuvieron reparos en adentrarse en territorios de aborígenes, e hicieron lo posible por convivir con ellos y captar en la vida cotidiana sus usos y costumbres.

Se ha insistido en su temperamento romántico, por eso hay que destacar el hecho de que no hubieran idealizado la naturaleza, sino que con verdadera comprensión de científicos naturalistas, la hubieran retratado tal y como ella reviste los paisajes del territorio chileno.

³⁷ Ibid. p. 286.

³⁸ loc. cit.

En una época en que no se contaba con los medios modernos de fotografía y filmación, ellos recopilaron la imagen de nuestra tierra y de sus gentes legándonos una auténtica crónica del siglo XIX.

Es por eso que hay que recordarlos como “los cronistas del pincel”, hombres de sicología compleja y carácter apasionado, pero de claro talento en su quehacer artístico.

Y es bueno hacerlo cuando ya se escapa el siglo XX, que heredó de ellos las imágenes más fieles del Chile joven que los acogió con hospitalidad y se dejó retratar por ellos.

BIBLIOGRAFÍA

- Espinosa, Ismael** (1984): “Chile a la llegada de Rugendas”. *Revista Atenea* N° 449, Universidad de Concepción.
- Keller, Carlos** (1984): “El pintor Rugendas y doña Carmen Arriagada”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia Año XXV*, N° 59, 2° semestre, Santiago.
- Lafourcade, Enrique** (1984): “Rugendas, el solitario”. *Revista Atenea* N° 449, Universidad de Concepción.
- Martinić B., Mateo** (1975): *Recorriendo Magallanes antiguo con Theodor Ohlsen*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Palacios, José María** (1984): “Visión plástica de Rugendas”. *Revista Atenea* N° 449, Universidad de Concepción.
- Pereira Salas, Eugenio** (1958): “Un pintor viajero: Otto E. Grashoff”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia Año XXV*, N° 59, 2° semestre, Santiago.
- Pereira Salas, Eugenio** (1968): “El pintor alemán Alexander Simon y su trágica utopía chilena”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N° 77, Santiago.
- Pereira Salas, Eugenio** (1984): “Juan Mauricio Rugendas, pintor de las Américas”. *Revista Atenea* N° 449, Universidad de Concepción.
- Pereira Salas, Eugenio** (1992): *Estudios sobre la Historia del Arte en Chile republicano*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago.
- Pinochet de la Barra, Oscar** (1984): *El gran amor de Rugendas*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Schmalz, Ingeborg** (s/a): *Karl Alexander Simon (monografía)*. Talleres Gráficos Claus von Platte, Santiago.
- Winkler, Eduard** (1917): “Aufzeichnungen seiner Beobachtungen und Erlebnisse in Chile”. *Geschichtliche Monatsblätter Heft X*, G. Schwarzenberg, Valdivia.